

ROLAND BARTHES: INVENCIONES DE UN ENCUENTRO

Gabriela Simón¹

RESUMEN: Este artículo recoge la vigencia y la actualidad del legado barthesiano; legado que se muestra a partir de diversas figuras que se dibujan a lo largo de sus textos. Las figuras propuestas para pensar la herencia de Barthes son: el enunciador tantálico, el *átopos* o extranjero, el semiólogo enamorado, el deseo de lo neutro y el “querer-vivir”. Así se configura un mapa posible, hecho de figuras que dialogan entre sí, dicho de otro modo, se constituye un trazado que permite múltiples entradas y posibilidades de recorrido. La singularidad del pensamiento de Roland Barthes, diseminado en estas figuras, permite entrever su potencia para “pensar el presente”, como quería Michel Foucault. Dicho de otro modo, se trata de una mirada que abre un horizonte que posibilita fabricar otros modos de pensar, de leer y de escribir.

PALAVRAS-CLAVE: Roland Barthes, figuras, lector, vitalidad.

ROLAND BARTHES: INVENTIONS OF A MEETING

ABSTRACT: This article reviews the validity and the actuality of Barthes' legacy; a legacy that is shown from different figures that are drawn through his texts. The figures proposed to think on Barthes inheritance are: the tantulum enunciator, the *atopos* or the foreigner, the lover semiologist, the desire for neutral and the “will-to-live”. Thereby, it is configured a possible map with figures that dialogue between each other, in other words, it is made a tracing that allows multiple entries and possibilities of travel. The singularity of Roland Barthes's thought, scattered in these figures, allows us to glimpse a power to “think the present”, as Michel Foucault wanted. To put it another way, it is about a view that opens a horizon that enables us to produce other ways of thinking, reading and writing.

KEYWORDS: Roland Barthes, figures, reader, vitality.

ROLAND BARTHES: INVENÇÕES DE UM ENCONTRO

RESUMO: O artigo percorre a vigência e a atualidade do legado barthesiano; legado que se revela a partir das diversas figuras que se desenham em seus textos. As figuras propostas para pensar a herança de Barthes são o enunciador tantálico, o *átopos* o estrangeiro, o semiólogo apaixonado, o desejo do neutro e o “querer-viver”. Assim, configura-se um mapa possível com figuras que dialogam entre si, isto é, constitui-se um traçado que permite múltiplas entradas y posibilidades de percurso. A singularidade do pensamento de Roland Barthes, disseminado em estas figuras, permite enxergar uma potência para “pensar o presente”, como queria Michel Foucault. Como vemos, esta é uma mirada que abre um horizonte para criar outros modos de pensar, de ler e de escrever.

PALAVRAS-CHAVE: Roland Barthes, figuras, leitor, vitalidade.

¹ Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de San Juan, Argentina. Doctora en Semiótica por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Docente-investigadora. Profesora Titular de *Semiótica* y de *Teoría Literaria* en el Departamento de Letras y Directora del Instituto de Literatura de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de San Juan. E-mail: gsimon27@gmail.com

Lo que nos sucede como lectoras y lectores con ciertos encuentros es a veces del orden de la maravilla. Eso me sucedió con Roland Barthes en distintos momentos de mi vida: como estudiante de letras, como profesora de teoría literaria y de semiótica, como postulante a concursos docentes, como tesista de doctorado que se dedicó al estudio de su obra. Pero, por sobre todo, eso me sucedió como lectora.

Leer a Barthes y escribir sobre Barthes produjo en mí una certeza: es posible unir, o mejor conciliar, la academia y la vida. En este horizonte quiero inscribir mi texto. Pues el relato de la primera vez será siempre el relato del mito de origen, de la invención de una relación singular alojada *en y por* la lengua, esa patria, esa patria mejor, esa lengua materna a la que Barthes siempre nos convoca.

Mi primera vez con Barthes no es una sola, son múltiples. Cada vez es vivida, es experimentada como la primera. Renuncio, entonces, a recordar una primera vez, renuncio a una única invención pero no renuncio a imaginar momentos, sensaciones, episodios o, para decirlo con el maestro, figuras. Dirá Barthes de las figuras: “son chispas de discurso, episodios de lenguaje y de cierta manera un episodio biográfico” (2011, p. 315). Vale la pena extenderse en la noción barthesiana de figura. Escribe en *Fragmentos de un discurso amoroso*:

la figura no debe entenderse en sentido retórico, sino más bien en sentido gimnástico o coreográfico. La figura está circunscrita y es memorable (...) la figura parte de un pliegue del lenguaje (BARTHES, 1999, pp. 13-15).

Y en uno de sus seminarios señala:

La figura procede de un acto de lectura y este acto es una *acomodación* (curvatura del cristalino) de reconocimiento. El ojo normal no se acomoda respecto al infinito; nos acomodamos respecto a los lugares finitos del texto, nos curvamos. (BARTHES, 2011, p. 56)

Elegir nombrar esas figuras es pronunciar algo que resuena en mí, es buscar y elegir cómo hacer regresar al otro. (Cfr. GÁSQUEZ, 2019)

El enunciador tantálico

Uno de nuestros encuentros transcurrió en ese espacio trémulo que es su texto *Barthes por Barthes*, en sus palabras, “el libro de su resistencia a sus ideas, el desmantelamiento de su propio poder” (BARTHES, 1997, p. 130). Y en la enunciación ¿qué mayor “desmantelamiento” puede pensarse que la dislocación de la persona gramatical? Pues en el gesto barthesiano el *yo* y el *él* no son sólo pronombres sino posiciones de sujeto que se alternan, con-funden, dialogan.

A ese lugar de enunciación que prefigura Barthes, lo pienso como un lugar “tantálico”. Tántalo, el personaje mítico, es recordado por el castigo que está condenado a sufrir en el Hades, el reino de los muertos, del cual se conocen varias versiones. Una de ellas cuenta que Tántalo se encontraba bajo una enorme piedra siempre a punto de caerse pero que él mantenía en eterno equilibrio. Otra sostiene que padecía hambre y sed eternas: sumergido en agua hasta el cuello, no podía beber porque el agua retrocedía cada vez que él trataba de mojar su boca. Y una rama cargada de frutos pendía sobre su cabeza, pero cuando levantaba el brazo para alcanzar con su mano un fruto para comerlo, la rama se elevaba y quedaba fuera de su alcance.

En ambas versiones me encuentro con el movimiento barthesiano de enunciación. Pues en la escritura barthesiana, por una parte, hay un sujeto enunciador que se exhibe y se sustrae como el personaje que está entre el agua y la rama con frutos. Quizá por eso Barthes pasa del “no poder asir” tantálico (el lenguaje se le escapa al estructuralista por más que intente sistematizarlo) al “no querer asir” del último Barthes (ese Barthes fuertemente nietzscheano, y yo diría nietzscheano-deleuzeano) como lugar último de enunciación: la paradoja, lo neutro, el matiz, el fragmento, la digresión. Por otra parte, encuentro un sujeto que enuncia y denuncia siempre como amenazas del discurso y amenazas a su propio discurso, pesadas piedras, a las que denomina: la doxa², las ideosferas³, la norma burguesa⁴, la arrogancia⁵, el imaginario de la objetividad, la conciencia, el discurso que petrifica, que deja fijado. Por eso quizá su insistencia hasta el final, en lo que recibo o intento recibir como uno de sus legados: abandonar el discurso de la arrogancia, o para decirlo mejor, desear y practicar un lenguaje de la no-arrogancia. Barthes recuerda, en su

² Nos recuerda Barthes: “La Doxa es la opinión corriente, el sentido repetido, *como si nada* (...) es la Opinión pública, el Espíritu mayoritario, el Consenso pequeñoburgués, la Voz de lo Natural, la Violencia del Prejuicio” (1997, pp. 133-134).

³ *Ideosfera*, palabra creada por Barthes a partir de *ideología*. Señala el semiólogo que la ideosfera es el “sistema lingüístico de una ideología, teniendo en cuenta que toda ideología es lenguaje y sólo lenguaje: es un discurso, un tipo de discurso (...) es un sistema discursivo fuerte” (BARTHES, 2004, pp. 138-139). Agrega más adelante: “La ideosfera tiende a constituirse en doxa, es decir, en ‘discurso’ (...) que es vivido por los usuarios como un discurso natural, universal, evidente, cuya tipicidad no es percibida, cuyo ‘exterior’ es siempre remitido al rango de margen, desvío: discurso-ley que no es percibido como ley. La ideosfera es un sistema de lenguaje que funciona, es decir, que tiene el poder de durar” (pp. 142-144). Para Barthes esta duración no prueba la “verdad” del sistema, sino su “resistencia”.

⁴ En este punto considero importante recalcar en una notación que hace el semiólogo en *Barthes por Barthes* en relación con la expresión “ideología burguesa”: “En 1971, como la expresión ‘ideología burguesa’ ya estaba considerablemente rancia y empezaba a ‘cansar’, como un roncal viejo”; entonces prefiere escribir “la ideología *llamada* burguesa”. No es que entonces Barthes niegue a la ideología su marca burguesa, sino que, como él explica: “(muy por el contrario: ¿qué otra cosa sería?); pero hay que *desnaturalizar* el estereotipo con algún signo verbal o gráfico que ostente su desgaste (las comillas, por ejemplo). Lo ideal sería evidentemente borrar poco a poco estos signos externos impidiendo, a la vez, que la palabra petrificada se reintegre a una naturaleza” (BARTHES, 1997, p. 101).

⁵ ¿Cómo entiende Barthes la arrogancia? “Reúno bajo el nombre de arrogancia todos los ‘gestos’ que constituyen discursos de intimidación, sujeción, dominación, aserción, soberbia: que se ubican bajo la autoridad, la garantía de una verdad dogmática, o de una demanda que no piensa, no concibe el deseo del otro. La arrogancia del discurso agrede allí donde hay fe, certeza, voluntad de asir, de dominar, aunque más no sea por una demanda insistente” (BARTHES, 2004, p. 211).

seminario *Lo Neutro*, el deseo de una práctica social y educativa: “necesidad cívica de enseñar los matices” (2004, p. 186). Pues el matiz es “uno de los instrumentos lingüísticos de la no-arrogancia, de la no-intolerancia” (BARTHES, 2004, p. 186); es un aprendizaje de la sutileza, en tanto la sutileza no conlleva ni una debilidad teórica ni una debilidad ideológica. El matiz es, justamente, la diferencia (*diaphorá*) y como tal es lo que “desagrada tanto a los espíritus positivos” (BARTHES, 2005, p. 88).

Diaphorá es un sustantivo femenino de la lengua griega que significa “diferencia”, y que Barthes traduce como “matiz”. De aquí, construye el neologismo *diaforología*, del griego *diaphorá* (“lo que distingue una cosa de otra”) y del sufijo *-logía* (teoría-discurso) para designar una “ciencia de los matices” (BARTHES, 2005, p. 87). Siguiendo el camino de la etimología, encontramos que el adjetivo *diáforos* depara un matiz, valga la palabra: significa “diferente”, “desemajante” y también “importante”. El género neutro *to diáforon* puede traducirse tanto por “diferencia” como también por “lo que importa”. En su seminario *Lo Neutro* nos deja un legado para pensar y desarrollar al plantear la semiología como “escucha o visión de los matices” (BARTHES, 2004, p. 57). El matiz es sobre todo una práctica general, pues compromete la vida misma; Barthes susurra su deseo:

querría, si estuviera en mi poder, mirar las palabras-figura (...) con una mirada oblicua que haga aparecer los matices (mercancía cada vez más preciosa, verdadero lujo desplazado del lenguaje; en griego *diaphorá*, palabra nietzscheana). Compréndase bien: no es la búsqueda de una sofisticación intelectual. Lo que busco (...) es una introducción al vivir, una guía de vida (proyecto ético): quiero vivir según el matiz (2004, p. 56).

Podría evocar, como lugar desde donde enuncia este sujeto tantálico, una figura cara a Barthes: la delicadeza. Al respecto, dice: “Delicadeza querría decir: distancia y consideración (...) El principio sería: no manejar al otro, a los otros” (BARTHES, 2003, p. 189).

Para decirlo de otro modo, el lugar de enunciación es el “permanecer plural”, es escribir/hablar desde un espacio de matices y constituye un movimiento: el del incansable “desplazamiento”. Se trata de gestos condensados en esa pregunta barthesiana, “¿A dónde ir?”; interrogante que encuentra por respuesta “En eso estoy”. Insisto en este punto, es necesario y urgente volver a ese gesto nómade de Barthes: “¿A dónde ir? En eso estoy” (1997, p. 83).

El átopos

Átopos, palabra que puede traducirse como inclasificable, extraño, extraordinario. El átopos, que podría ubicarse también como una figura del otro, es presentado por Barthes como una figura del discurso amoroso que alude a lo inclasificable, de allí que la atopia “hace que no se sepa dónde ubicar al otro en función de las categorías humanas de la experiencia común desconcertante: extrañeza, novedad, extravagancia, originalidad” (BARTHES, 2011, p. 411). El *átopos* designa entonces lo que no puede ser clasificado.

Creo que a Barthes se le podría atribuir esa condición que constituye además un motivo recurrente en su propio léxico: la condición de átopos. Como señala Silvia Tabachnik, “esa condición de exterioridad es la que define con mayor justeza el itinerario singular de Roland Barthes en el mapa del pensamiento contemporáneo” (2016, p. 6). Barthes el extranjero, el ajeno a la doxa, el itinerante, el enamorado de un lenguaje que siempre se desplaza. Intento no olvidar sus palabras: “ser extranjeros es inevitable, necesario, deseable” (BARTHES, 2003, p. 186).

Me pregunto: ¿Es posible la experiencia del encuentro con un *átopos*? Escribe Gabriela Gásquez: “Nombrar al amigo *amigo* ¿es clasificarlo o queda lugar para que el amigo devenga *átopos*? ¿Alteridad irreductible o comunidad de amigos?” (2019, p. 103). Una vez más Barthes me regala el gesto de la paradoja: “Vivir-Juntos: solamente quizá para enfrentar juntos la tristeza de la noche” (2003, p. 186).

El enamorado que se marcha

Llueve en toda la tierra
Pero más
En mi morada.
(Soogi)

En una de las figuras de *Fragmentos de un discurso amoroso*, “La espera”, Barthes relata esta historia:

Un mandarín estaba enamorado de una cortesana. “Seré tuya, dijo ella, cuando hayas pasado cien noches esperándome sentado sobre un banco, en mi jardín, bajo mi ventana”. Pero, en la nonagésimo novena noche, el mandarín se levanta, toma su banco bajo el brazo y se va (1999, p. 126).

En esta historia puede reconocerse cada sujeto en posición de “enamorado”. Pero no es de eso de lo que quiero escribir ahora. En lo que aquí me detengo es en la figura barthesiana del semiólogo y sobre todo del escritor. El enamorado-semiólogo,

el escritor movido por el “amor a la lengua”, se consume por el deseo y la imposibilidad: descifrar signos. No le ha sido dado conocer todo: el rostro de un dios, la totalidad del amado, el sentido último, el camino a seguir. Espera –la espera– sentado en su banquito que algo del orden de la revelación o del milagro le sea dado (el amor del sujeto amado, el *satori*⁶, el *kairós*⁷). Momento de euforia. Es recién la primera noche (¿la del estructuralismo?); las noches pasan, y aquello que ama empieza a desteñirse, como su ilusión, a dibujarse como lo no edénico. La cortesana, ahora que ha transcurrido el tiempo, se le aparece como el signo mismo del poder, lo que lo sujeta y lo que intenta domesticarlo. Para eso quizá ha servido la espera y la aventura barthesiana, para retirarse. A diferencia del campesino de *Ante la ley* de Kafka que envejece temeroso, sentado, pura fuerza reactiva ante una ley todopoderosa, en una espera cuyo final es su muerte, el mandarín enamorado de Barthes se retira con un nuevo lenguaje: el de la fuerza activa nietzscheana,⁸ el del deseo de lo neutro. Dice Barthes: “no es lo mismo abandonar que rechazar: abandonar es haber atravesado” (2004, p.175). Se retira del jardín de la amada, de la esfera del discurso de esa cortesana-arrogancia (de esa arrogancia cortesana). Esa no es su morada. Y decimos “morada”, recordando acá la poesía de Alejandra Pizarnik (1965), “Moradas”:

En la mano crispada de un muerto,
en la memoria de un loco,
en la tristeza de un niño,
en la mano que busca el vaso,
en el vaso inalcanzable,
en la sed de siempre.

Barthes, el semiólogo enamorado, ha atravesado un camino poblado primero de estructuras y de mitos, luego de fragmentos, digresiones y matices. Ahora no sabe nada o casi nada (como Pessoa, no como Sócrates).

El espectro vuelve; otra vez escucho a Barthes preguntarse, preguntar y preguntarme: “¿A dónde ir?”. Quiero contestarle con sus palabras, esas que he heredado como lectora: “En eso estoy...”.

⁶ Dice Barthes del *satori*: “especie de catástrofe mental que se produce de golpe, por eso el *satori* rompe con la visión corriente que aclimata y domestica el acontecimiento, le borra la singularidad” (2004, pp. 236-237).

⁷ El *kairós*: “es el momento en sí en cuanto produce algo, un cambio. El *kairós* es una fuerza. Es una temporalidad fragmentaria” (BARTHES, 2004, p. 234).

⁸ En la lectura que Deleuze hace de Nietzsche, lo activo –“la fuerza activa”– hace de su diferencia un objeto, va hasta el final de lo que puede. Señala Deleuze: “Nietzsche llama fuerza activa a aquella que llega hasta el límite de sus consecuencias” (DELEUZE, 1998, p. 95). Lo activo está relacionado en Nietzsche con los modos en que interpreta el genealogista; ¿cómo interpreta el genealogista?: con un “arte de la filigrana”, con un “instinto del matiz”, con una “psicología del desvío” (DELEUZE, 1998, p. 97).

El deseo de lo neutro

Me detengo ahora en el horizonte de lo Neutro barthesiano, horizonte que baliza un camino que considero de actual potencia teórica, estética y política. Los textos del último Barthes presentan un desafío no solo por su densidad sino también por tratarse de un pensamiento de plena vigencia ya que reubica su proyecto –teórico, estético y político– para focalizar, dentro de la semiología, de la crítica literaria y de la filosofía, problemáticas tales como: las pasiones, la subjetividad, lo neutro, lo novelesco, el poder, la marginalidad, la escritura, la lectura, la vida, lo político.

Lo primero para destacar de esta agenda del último Barthes es la importancia que tiene no solo para el campo de la semiología y de la crítica literaria sino para el pensamiento contemporáneo, pues constituye una lógica productiva para mirar, desarticulando, la cultura occidental en sus relaciones con el poder, la arrogancia, la violencia como síntomas para pensar el presente.

En el inicio del Curso sobre lo Neutro, al momento de expresar justamente su deseo de Neutro, Barthes señala que “hay una pasión de lo Neutro, pero esa pasión no es la de un querer-asir” y esa pasión la reconoce en la calma con que recibe “el espectáculo de los querer-asir, de los dogmatismos”. Hay un primer Neutro, un objeto del curso anterior a la experiencia del duelo (la muerte de la madre del autor), y “es la diferencia que separa el querer-vivir del querer-asir: el querer-vivir es entonces reconocido como la trascendencia del querer-asir, la deriva lejos de la arrogancia: abandono el querer-asir, dispongo el querer-vivir” (BARTHES, 2004, p. 59). El segundo Neutro es ya la diferencia entre ese querer-vivir decantado y la vitalidad. Más adelante, en el Curso, dentro de las imágenes despectivas de lo Neutro, frente al paradigma virilidad/no virilidad, Barthes propone el esquivo a través de la vitalidad: “hay una vitalidad de lo Neutro; lo Neutro juega en el filo de la navaja: en el querer-vivir, pero fuera del querer-asir” (BARTHES, 2004, p.123). Se trata, para Barthes, de la “vitalidad desesperada” de los versos de Pasolini.

Dios mío, pero entonces ¿qué tiene en su activo?
-¿Yo? – (Un balbuceo informe, no tomé mi optalidón, voz temblorosa de chico enfermo.) ¿Yo? Una vitalidad desesperada (PASOLINI en BARTHES, 2004, p. 123)

Pero, entonces, ¿cómo decir lo Neutro sin crear confusiones, sin dar a creer que se está afirmando el *ninismo* que el mismo Barthes criticaba años antes?⁹ La

⁹ En *Mitologías*, Barthes había hablado ya de la crítica *ni-ni*: “Se trata de una mecánica de doble exclusión que proviene en buena medida de esa pasión numérica que hemos encontrado muchas veces y que intenté definir globalmente como un rasgo pequeñoburgués. Se hace la cuenta de los métodos con una balanza, cargando a voluntad los platillos con esos métodos. De esta manera uno puede aparecer como árbitro imponderable dotado de una espiritualidad ideal y, por lo tanto, *justo*, como el astil que juzga la pesada” (BARTHES, 1998, p.147). Años más tarde, cuando un asistente del Seminario

respuesta –no como afirmación, repetimos, sino como deseo– es: prefigurar lo Neutro como una búsqueda de los “centelleos” que brillan, desordenadamente, en el discurso.

Tal como lo comenta Barthes en la sesión del 18 de marzo de 1978 del seminario de *Lo Neutro*, hay una insistencia en el deseo de lo Neutro como fantasma personal que se postula para el curso. Por lo tanto, no hay respuestas, sino réplicas, un eco que se propaga y que pide el derecho a no saber qué responder.

Querer-vivir

Querer-vivir lejos del querer-asir, temiendo y amando, siempre a la intemperie, quizá eso sea vivir desde el legado barthesiano. Lejos de la arrogancia, lejos de la afirmación, lejos... siempre lejos. La distancia será entonces la figura, el deseo, el tao, la escritura, los modos de la mirada, la desesperada vitalidad desesperada.

Barthes, vida-haiku. Leer a Barthes es transitar la escritura de una mano-haiku: mano trémula que dibuja (temblando y haciendo temblar) la delicadeza de la letra, el centelleo de la vida, el inasible fantasma del deseo.

Querer-vivir, no querer morir, no querer que el amado sufra, muera. No querer perder el cuerpo, el mío, el del otro, su piel, su abrazo, su olor, el grano de su voz.

Diario de duelo, 1977, su madre ha muerto. Me conmueve leer cómo Barthes la evoca a través del dolor de las madres argentinas:

Hablar de mamá: ¿y qué, Argentina, el fascismo argentino, los encarcelamientos, las torturas políticas? Eso la habría herido. Y la imagino con horror entre las mujeres y madres de los desaparecidos, que se manifiestan por aquí y por allá. Cómo hubiera sufrido [mamá] si me hubiese perdido. (BARTHES, 2009, p. 269)

Querer-vivir en el legado del maestro; intentar escuchar la herencia de su lectura. Me detengo en ese deseo... Como nos recuerda Derrida, la herencia es un secreto que nos dice: “léeme, ¿serás capaz de ello?” (1998, p. 30). No lo sé, nunca lo sabremos.

Referencias

BARTHES, R. *El discurso amoroso. Seminario en la École des hautes études en sciences sociales 1974-1976. Seguido de Fragmentos de un discurso amoroso* (Textos inéditos). Madrid: Paidós, 2011.

BARTHES, R. *Diario de duelo*. México: Siglo XXI, 2009.

BARTHES, R. *La preparación de la novela. Notas de Cursos y Seminarios en el Collège de France, 1978-1979 y 1979-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

sobre *Lo Neutro*, le recuerda su posición en la época de *Mitologías* y le llama la atención sobre su semejanza con lo Neutro, Barthes dirá que la crítica ni-ni, “es una farsa copia de lo Neutro” (BARTHES, 2004, pp. 130-131).

- BARTHES, R. *Lo Neutro. Notas de Cursos y Seminarios en el Collège de France, 1977-1978*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.
- BARTHES, R. *Cómo vivir juntos. Simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos*. Notas de cursos y seminarios en el Collège de France 1976-1977. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- BARTHES, R. *Fragmentos del discurso amoroso*. México: Siglo XXI, 1999.
- BARTHES, R. *Mitologías*. México: Siglo XXI, 1998.
- BARTHES, R. *Barthes por Barthes*. Venezuela: Monte Ávila, 1997.
- DELEUZE, G. *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama, 1998.
- DERRIDA, J. *Espectros de Marx*. Valladolid: Trotta, 1998.
- GÁSQUEZ, G. *Variaciones sobre la comunicación*. (2019) Tesis de Doctorado en Comunicación Social. Córdoba (Argentina): Universidad Nacional de Córdoba, marzo 2019.
- PIZARNIK, A. *Los trabajos y las noches*. Buenos Aires: Sudamericana, 1965.
- TABACHNIK, S. "Barthes, átopos". Conferencia dictada en el Diplomado "Cartografía del Pensamiento Contemporáneo", 17 Instituto de Estudios Críticos, México D.F. (inédita), 2006.

Recebido em: 13/02/2021 **Aceito em:** 30/06/2021

Referência eletrônica: SIMÓN, Gabriela. Roland Barthes: Invenciones de un encuentro. *Criação & Crítica*, n. 30, p., set. 2021. Disponível em: <<http://revistas.usp.br/criacaoecritica>>. Acesso em: dd mmm. aaaa.